

La burbuja

—Dale Diego, ayudame con esa valija, no tenemos tiempo, nos vienen a buscar en diez minutos.

—Sí, mamá, estoy en eso.

Diego y su madre vivían en un apartamento, en un piso alto. A pesar de sus diez años, él no llegaba a tocar el botón del ascensor ni aunque se pusiera en puntas de pie. Tenía un balcón desde donde veían el mar y las palomas que venían a comer en la azotea de al lado, porque una mujer les tiraba migas de pan cuando subía a colgar la ropa.

Las clases habían terminado cuando pasó aquello que la mamá no le quiso contar. Pero él se dio cuenta de los cambios: ella no era la misma, se había cortado el pelo bien corto y ya no se pintaba los labios ni se ponía perfume. Se reía poco.

Un tiempo después le dijo que se iban por unas semanas a una casa en el bosque que le habían prestado. No se lo contó con alegría, sino con esa mirada que se le había instalado. Como si los ojos no se pusieran de acuerdo con la sonrisa, que apenas duraba unos segundos antes de desaparecer.

Desde hacía unos días, habían empezado a guardar cosas en cuatro valijas y muchas cajas de cartón. Al niño le pareció que llevaban más de lo que se necesitaba para unas semanas de verano, porque la mamá metió también los acolchados, buzos de lana y bufandas. A pesar

de que eran muchas cajas y un vecino les prestó además cajones de madera, no entró todo. Quedaron afuera muchos de sus juguetes, libros y también ropa. La mamá estuvo varios días ordenando, clasificando y guardando, y lo que dejaba fuera lo iba poniendo en bolsas negras como de basura.

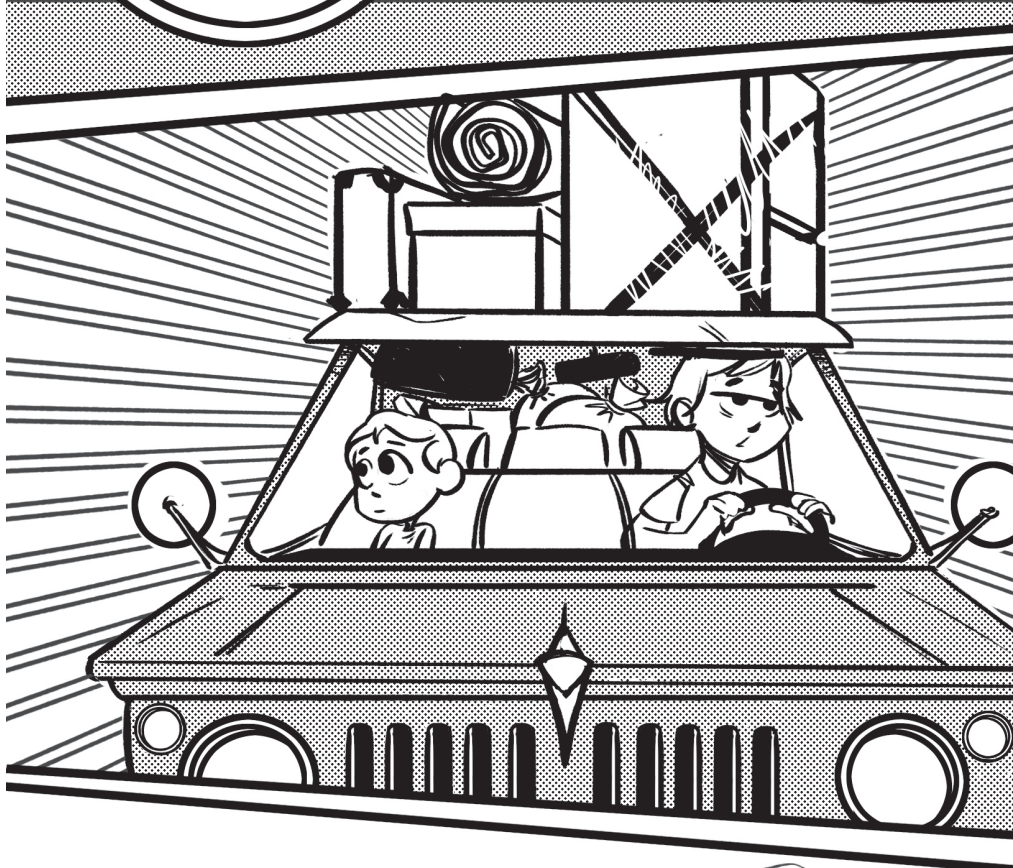
El día en que se iban, ella lo vio mirando un barco pirata que usaba en verano para jugar en el balcón. Lo llenaban de agua y hacían flotar muñecos de Playmobil. Diego los hundía bien abajo y cuando los soltaba de golpe, saltaban como si alguien los escupiera de abajo con un chorro, y siempre les daba mucha risa. Él separaba a los muñecos en dos bandos. Unos eran los piratas que, con sables y puñales, abordaban el barco para robar el tesoro. Los otros trataban de defenderse, pero siempre eran menos y no lo conseguían. Al final terminaban prisioneros y condenados a caminar por la pasarela hasta que caían al mar para que los devoraran los tiburones.

La voz de su madre lo devolvió a la realidad.

—No te preocupes. En la casa nueva vas a tener un montón de cosas para jugar y mucho más espacio. Como el balcón multiplicado por mil. O por diez mil.

Él había aprendido eso de la multiplicación, pero solo le salía fácil hacerlo por números del uno al diez. Por diez era lo más fácil porque solo se le agregaba un cero, una papita. Así que si se multiplicaba por diez mil tenía que ser un número grande de verdad. Pero le gustaban más las historias que los números.

Un vecino los ayudó a cargar todo en una camioneta que les habían prestado, grande y azul. Se llenó la parte de atrás, la caja abierta, y siguieron colocando bultos en el asiento trasero. Al final quedó la camioneta llena y arrancaron. Esta vez Diego iba adelante, eso le encantó.



Nunca lo dejaban. Dio vuelta la cabeza: el asiento de atrás parecía la base de una montaña. Los bolsos, valijas y cajas se apilaban hasta el techo. En lugar de ser de roca dura, las cosas se movían como una gelatina cada vez que la mamá frenaba de golpe o doblaba rápido. El viaje duró bastante, aunque se aguantó de preguntar a cada rato cuánto faltaba para llegar —le pareció que esta vez era diferente y no estaba bien hacerlo—. Iba leyendo los números de los kilómetros en los indicadores al borde de la carretera. Habían pasado el cincuenta cuando, a la altura de una estación de servicio con un cartel amarillo y verde, doblaron a la izquierda. Primero tomaron una ruta más angosta, pero volvieron a doblar y siguieron por una calle de pedregullo, más finita todavía y con pozos. Pasaron varias esquinas. Cada vez se veían menos casas, una o dos por manzana, hasta que se detuvieron. Diego miró a la derecha y solo vio un gran terreno con árboles. Ni casa, ni cartel, ni camino, ni nada. Solo pasto y vegetación.

—Llegamos —dijo mamá.

—Pero no veo ninguna casa.

—Está atrás de los árboles, vamos y te la muestro.

Lo tomó de la mano y fueron caminando por un sendero donde el pasto estaba un poco más aplastado. Avanzaron en silencio. Se oía el canto de pájaros, bien distinto al sonido de las palomas en la azotea, que era como un murmullo con tono de protesta. Estos sonidos eran alegres, como si estuvieran felices de poder volar de una rama a la otra. Parecía que les daban la bienvenida.

Detrás de una acacia grande estaba la casa. Diego nunca había visto una parecida a esa. Era redonda, como una burbuja. En realidad, como la mitad de una burbuja.

Parecía que un gigante hubiera hecho una enorme pompa de jabón blanca desde el cielo y después de caer despacio se hubiera detenido ahí. Mamá sacó una llave de la cartera, abrió la puerta y entraron. Empezó a descorrer las cortinas. En el medio había una estufa a leña, y dos puertas llevaban al único dormitorio y a un baño chiquito. El resto del ambiente era una sala de estar donde en uno de los extremos había una cocina, heladera y piletta. La recorrieron toda y volvieron a salir.

La rodeaba una explanada de piedra con hamaca, mesa, sillas, plantas colgantes y techo de cañas.

—Vamos a sentarnos un rato —dijo mamá— a disfrutar de esta belleza. Después ya iré bajando de a poco nuestras cosas.

Había traído una jarra con licuado de banana y galletitas caseras. Se instalaron en la hamaca. Al impulsarse apenas, el vaivén soltaba un chirrido suave.

—Es como si la hamaca se quejara porque estaba bien tranquila hasta que llegamos —dijo el niño.

Mamá se rio y eso le gustó a Diego más que la casaburbuja, el canto de los pájaros y el día de sol.

Descubrimientos

Había muchas cosas que Diego podía hacer ahora, y antes no lo dejaban. Por ejemplo, hacer mandados, que en la ciudad era peligroso. Allá no podía cruzar la calle solo, y además no había almacenes sino un supermercado enorme donde todo era complicado. Ahora caminaba dos cuadras y listo, podía comprar el pan, la leche, huevos y fruta. Y encima Pelusa, la almacenera, le daba tres caramelos de regalo.

Mamá cocinaba casi siempre afuera, en un parrillero de ladrillos que también tenía hornalla. Usaba ojotas y unos vestidos sueltos con estampado de flores que el niño no le conocía y le quedaban lindos, mejor que el pantalón negro con camisa de antes. No se alisaba el pelo con cepillo y secador, después de lavarlo iba para afuera y el sol y la brisa le formaban unos rulos suaves. Igual que antes, se pasaba horas y horas sentada frente a la computadora con sus diseños y juegos de palabras cruzadas. Pero no para solucionarlos. Trabajaba haciendo revistas de pasatiempos, sopa de letras, las siete diferencias, sudokus y crucigramas de todo tipo. Inventaba los pasatiempos, diseñaba cada página y agregaba las soluciones al final. Después las enviaba por correo, su jefe las mandaba imprimir y se distribuían en quioscos y librerías.

Ahora le daba mucho menos trabajo crear los pasatiempos porque había programas que la ayudaban a planear cada juego y armar la página. Antes se hacía a mano, con plantillas y lapicera, y tenía que ir a la oficina todos los días. Pero aunque ahora podía hacerlo desde casa, cuando trabajaba muchas horas terminaba el día con ojeras, pálida y con dolor de cabeza.

—Por favor, Diego, ¿podés quedarte quieto y sin hacer ruido? ¿O jugar afuera?

Era pedirle eso y él hacía todo al revés. Bajaba del estante de arriba la colección de autitos que por supuesto terminaba en el piso, o se quedaba ahí parado al lado suyo mirando lo que hacía, cosa que la ponía furiosa.

—¿Mil metros de terreno y vos acá pegado como si fueras una curita? No lo puedo creer.

Pero ahora no le molestaba como antes, en el apartamento, porque esto quería decir que volvía a ser su mamá de siempre, después de semanas de no rezongar, de no cocinar, de no salir, de no hacer nada. Días y días en que la abuela les había traído la comida con cara de preocupación, porque en la heladera no había nada.

Diego empezó a explorar los alrededores y después de cada paseo le contaba a su madre a la hora de cenar lo que había visto. La abuela a veces decía que era un niño mentiroso, y que la culpa era de los libros que le «hervían la imaginación». Así lo decía ella, y Diego se imaginaba una caldera que se ponía al fuego y lanzaba vapor sin parar. Pero mamá no le hacía caso y seguía contándole cuentos de miedo en la noche, regalándole libros o escuchando lo que imaginaba. Aunque el niño no le contaba todo, algunas historias se las guardaba solo

para él. Igual que hacía ella cuando no quería contarle por qué se habían mudado a la burbuja.

Desde que vivían allí se animaba a hacer más cosas solo, y de a poco se alejaba cada vez más. A la vuelta de la casa encontró el desierto del Sahara, un terreno baldío sin árboles y cubierto de arena, solo con alguna piedra suelta y pinocha cada tanto. Había varios hormigueros grandes a los que llegaban largas filas de hormigas con sus trozos de hojas verdes a cuestras. Como si fueran caravanas de camellos en el desierto, avanzaban sin cansarse nunca, con un cargamento más grande que su cuerpo. Se imaginó dónde podía estar el oasis en el que los camellos se detendrían a beber agua, desesperados de sed después de todo el día de andar bajo el sol.

Una cuadra más allá había descubierto la casa de la mujer escondida. Le puso ese nombre porque nunca vio una persona entrar ni salir. No había ninguna señal de que alguien viviera allí, ni una persiana levantada ni una radio prendida ni una bicicleta en el frente. Siempre silenciosa y solitaria. Pero el jardín se veía muy lindo, el pasto cortado y muchas macetas con flores por todos lados, por eso se imaginó una mujer. Esta vez la historia que inventó fue que durante el día se encerraba en la casa, no quería hablar con nadie, y de noche salía con la linterna a sacar los yuyos y regar las plantas a la luz de un farol. Había sido una cantante famosa pero una adivina le dijo una noche después de un concierto que la luz del sol le haría mucho daño y ella se lo había creído, a pesar de que sus amigos y conocidos le dijeron que era un invento absurdo.

Lo que más le gustó a Diego fue el reino de los cangrejos, que estaba un poco más lejos todavía, al lado de una represa que desbordaba agua y formaba charcos

entre las rocas. Estaba lleno de cangrejos de todos los tamaños, que se movían continuamente de una laguna a la otra. Diego se dio cuenta enseguida de cuál era el rey. Había uno que era el más grande y gordo de todos, y siempre que aparecía, avanzando con ese curioso paso de costado, los demás se apartaban y le dejaban lugar. Diego se tenía que quedar muy quieto, porque si detectaban un ruido desaparecían todos de inmediato. Tenían una capacidad asombrosa para esconderse en un segundo. Quizá el rey tenía una forma de darles una orden, y se propuso observarlos mejor a ver si les hacía una señal antes de desaparecer entre las rocas. O podía ser también un sonido que solo escucharan los cangrejos, pero no llegara a los oídos de las personas. Sin duda debían tener un idioma propio, de algún modo tenían que entenderse.

—Me parece lindo eso de tener una caparazón —le dijo mamá esa noche, cuando él le contó sobre los cangrejos.

—Pero es muy dura, tiene que ser incómodo.

—Sí, pero imagínate, ahí dentro estaría protegida, a salvo.

Mamá apoyó en el plato el tenedor con pastel de carne que estaba a punto de llevarse a la boca y puso esa cara de cuando miraba lejos, como si en algún sitio hubiera algo que solo ella podía ver. Pero regresó más rápido que otras veces, levantó el vaso, bebió un trago de agua y agregó:

—Mejor no, porque ¿cómo te daría un abrazo? No podría.

El vuelo y la cueva

En una de las excursiones al reino de los cangrejos fue cuando pasó. Diego estaba tratando de no moverse ni un milímetro para que no dejaran de hacer su danza extraña, cuando escuchó un ruido potente que lo sobresaltó.

Este baile de los cangrejos le había fascinado la primera vez que lo vio, unos días atrás. Pero aquella vez había durado muy poquito. Ahora fue mucho más largo y además había más de diez cangrejos que lo hacían al mismo tiempo. Levantaban las cuatro patas de cada lado de a una, muy rápido, y movían las pinzas de adelante con un ritmo continuo. Parecían unos bailarines de ballet que había puesto mamá una noche en la tele.

Pero ese ruido muy fuerte no solo asustó al niño. Los cangrejos enseguida pararon de bailar, se movieron a toda velocidad y se escondieron debajo de las rocas. El sonido cada vez se acercaba más y era más intenso, algo así como muchos motores potentes juntos y un viento que soplaba furioso. Desde donde estaba, Diego no podía ver cuál era el origen, los árboles lo tapaban. Se fue acercando, con las manos en los oídos. Ya le faltaba poco para llegar cuando escuchó un golpe fuerte y el ruido cambió para convertirse en algo más parecido a cuando un auto frena de golpe. Un claro entre los árboles le permitió ver qué era.

Unos días antes había descubierto esa calle que le había llamado la atención. Era de pavimento duro, y bastante larga, pero la habían construido en medio de la nada. No tenía esquinas ni casas a los lados, era solo una calle angosta y larga en medio del campo. Recién ahora se daba cuenta de que era una pista para el aterrizaje de aviones.

Porque eso era lo que había causado el ruido, un avión, que ya estaba detenido al borde de la pista. Se abrió una de las puertas y alguien bajó por una escalera del costado y saltó a tierra. La figura era alta y delgada, tenía lentes de sol y un gorro con visera, vaqueros, una camisa suelta a cuadros rojos y azules, y botas. Llevaba una mochila a la espalda. Cuando empezó a caminar vio que avanzaba despacio, no era un paso firme sino un poco indeciso, la espalda inclinada hacia adelante. Se dirigió hacia el lado opuesto a donde él estaba. Diego lo siguió, dejando distancia entre los dos para no ser visto. Caminaron unos minutos, hasta llegar a una cabaña de troncos pequeña, con forma de triángulo y techo de paja casi hasta el piso. La persona abrió la puerta y entró.

El niño no sabía nada de aviones, lo que le gustaba eran los autos. Mamá le había contado que cuando cumplió tres años un primo le había regalado uno de color rojo, de carrera, y desde que abrió el paquete hasta que sopló las velitas y se fueron todos los invitados no lo soltó. Lo tuvo apretado en la mano todo el cumpleaños. Sin su colección de autos no iba a ningún lado, tenía de todas las marcas y sabía los años, modelos y nombres de todos. Pero, como ejemplo de su ignorancia sobre los aviones, no sabía que se podía aterrizar tan cerca de una casa, en una pista hecha en cualquier lado. Él creía que

solo podían hacerlo en los aeropuertos. Volvió enseguida a su casa con ganas de contar lo que había visto.

Apenas entró a la burbuja vio que no podría. Mamá estaba sentada frente a la computadora y trabajaba muy concentrada, con esa cara de que no se la podía interrumpir. Lo miró entrar y suspiró. Diego sabía interpretar ese gesto como «ahora no, por favor». Volvió a salir bien rápido.

No había hecho amigos después de mudarse a la burbuja. Tampoco le había resultado fácil antes, es verdad, las cosas que le gustaban no parecían interesarle a casi nadie. No jugaba bien a la pelota y siempre lo elegían último al formar equipos en el recreo porque pateaba para cualquier lado. Se quedaba callado la mayoría de las veces, sobre todo cuando se formaban grupos grandes en el patio. Los que tenían la voz más fuerte o los más graciosos eran los más escuchados, y ninguna de las dos cosas se le daban bien a Diego.

En el edificio donde vivía antes se había hecho amigo de un chico del segundo piso y los fines de semana se juntaban a veces. A aquel niño le fascinaba construir con legos o herramientas, tanto como a Diego los autos, así que la pasaban bastante bien. Igual cada dos por tres el vecino se enojaba por algo que él no era consciente de haber hecho, se ponía colorado, gritaba y se iba después de dar un portazo. Al rato la mamá subía a hablar, susurraban las dos mujeres en la puerta con cara de preocupación y Diego se quedaba con la sensación de haber hecho algo malo.

En los alrededores de la burbuja no había familias con hijos chicos, y a él no le importaba gran cosa.

Pasó por la cabaña de troncos, pero todo estaba en silencio, así que volvió al reino de los cangrejos. Se sentó en una roca y se quedó muy quieto por si podía ver la danza de nuevo, pero no salieron. Quizá el ruido del avión los había asustado. El silencio se había instalado de nuevo, pero era un silencio lleno de croar de ranas y chicharras, no un silencio de verdad. Se iba apagando la tardecita, el sol ya no quemaba. De repente, sintió que algo se movía a su izquierda.

—Tremendo susto el de hoy, ¿no?

Era una vocecita suave, amable, que parecía salir de un túnel o un pozo. Diego miró hacia abajo pero al principio no vio a nadie. No le dio miedo. Cuando lo pensó después, en casa, esa noche antes de dormirse, le extrañó, porque la verdad es que no se creía muy valiente. Pero contestó como si fuera de lo más normal hablar con alguien sin verlo ni saber quién es. Algo en esa voz le daba tranquilidad. La escuchaba dentro de su cuerpo, como una vibración.

—Susto no, pero es cierto que al principio no tenía ni la menor idea de dónde venía ese ruido —contestó Diego.

De un agujero debajo de una roca asomó un hocico puntiagudo.

—Claro, porque es la primera vez.

—¿La primera vez que...?

—Que aterriza un avión por acá.

Ahora vio un par de ojos brillantes y dos orejas en punta.

—Me pareció que la pista la habían hecho hace poco, no tiene ni una marca —dijo Diego.

—La terminaron hace quince días.

—Ah, todavía no nos habíamos mudado.

—Ustedes llegaron dos días después.

El tatú había salido de su cueva. Su caparazón brillaba a la luz rosada del atardecer. Le dieron ganas de tocar esa piel rugosa a ver cómo se sentía, pero no quería asustarlo. Se apoyaba en cuatro patas que terminaban en uñas largas y la cola redondita casi le rozaba los championes.

—¿Nos viste?

—Claro, nosotros sabemos todo. Te estuve siguiendo, te gusta explorar.

—Bastante.

—Y sos más tranquilo que otros chicos, no se te ocurre tirarnos piedras ni perseguirnos. Además, tenés el *audu*.

Le gustó que dijera lo primero. No entendió lo segundo. Pero no pudo preguntar, porque el tatú siguió hablando.

—Cuando quieras verme, te venís a esta roca, porque en otros lados no salgo mucho a la superficie, solo para buscar comida si es necesario. Siempre a la hora en que se pone el sol. Pero te voy a pedir algo.

—¿A mí?

—Claro, ¿ves a alguien más por acá?

Se dio cuenta de que se reía.

—Necesitamos que mires qué hace la persona que llegó en el avión. Nosotros no podemos llegar a todos lados, solo a poca distancia de las bocas de salida de nuestras cuevas, y allá en la cabaña de troncos no tenemos ninguna. Por eso necesito que nos ayudes. En dos días volvés a este mismo sitio y me contás. ¿Puede ser?

Era todo tan raro que no pudo decir que no. Aseguró que lo intentaría. Solo hizo una pregunta:

—¿Qué quisiste decir con eso de que tengo el *audu*?

El tatú hizo unos segundos de silencio antes de responder:

—Eso te lo cuento otro día.

Y desapareció en la profundidad de la cueva.